

845Z74

DG58

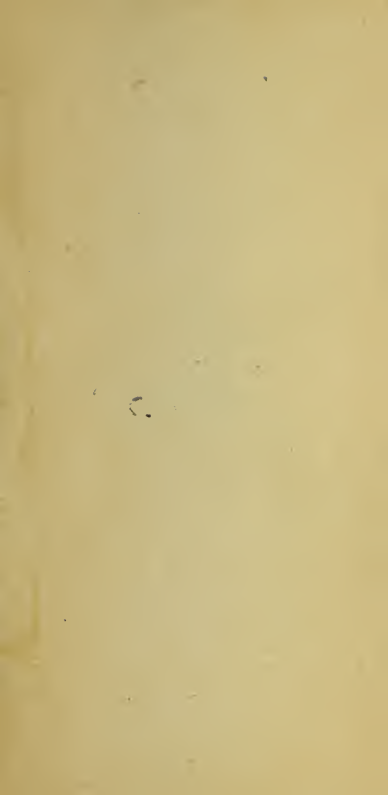
UNIVERSITY
OF
ILLINOIS

THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY

845 Z 74
DG 58

~~ROMANSE~~

~~DEPARTMENT~~





BIBLIOTECA MIGNON

BIBLIOTECA MIGNON

- I. V. Medina.—*Aires murcianos.*
- II. A. Palacio Valdés.—*i. Scio.*
- III. Clarín.—*Las dos cajas.*
- IV. Wagner.—*Historia de un músico en París.*
- V. González Serrano.—*Siluetas.*
- VI. J. Valera.—*El pájaro verde.*
- VII. Luis Bonafoux.—*Risas y lágrimas.*
- VIII. J. O. Picón.—*Cuentos.*
- IX. Becerro de Bengoa.—*El recién nacido.*
- X. J. O. y Munilla.—*Ermielga.*
- XI. J. M. de Pereda.—*Paraser buen arriero...*
- XII. Alfonso Daudet.—*Una anécdota del segundo Imperio.*
- XIII. V. Blasco Ibáñez.—*La cencerrada.*
- XIV. G. Martínez Sierra.—*Almas ausentes.*
- XV. E. Menéndez y Pelayo.—*A la sombra de un roble.*
- XVI. G. Núñez de Arce.—*Sancho Gil.*
- XVII. Blanca de los Ríos.—*Melita Palma.*
- XVIII. Arturo Reyes.—*Cuentos andaluces.*
- XIX. P. A. de Alarcón.—*El clavo.*
- XX. M. Tolosa Latour.—*Hombradas.*
- XXI. J. Benavente.—*Cartas de mujeres.*
- XXII. Narciso Oller.—*La bofetada.*
- XXIII. E. Marquina.—*Eglogas.*
- XXIV. P. Baroja.—*Idilios vascos.*
- XXV. F. Acebal.—*De buena cepa.*
- XXVI. Dr. Mariscal.—*Morfinismo.*
- XXVII. M. del Palacio.—*Un soldado de ayer.*
- XXVIII. M. Cervantes.—*Curioso impertinente.*
- XXIX. Dr. Calatraveño.—*Los niños que sufren.*
- XXX. Jacinto Benavente.—*Cartas de mujeres.*
- XXXI. Manuel Ugarte.—*Cuentos de la Pampa.*
- XXXII. B. Rodríguez Serra.—*Idilios rotos.*
- XXXIII. Valle Inclán.—*Jardín Umbrío.*
- XXXIV. José Echegaray.—*Los tres sueños de Colilla.*
- XXXV. Luis Taboada.—*Los cursis.*
- XXXVI. Eduardo L. Chavarrí.—*Armónica.*

XXXVII

Biblioteca Mignon

E. GÓMEZ GARRILLO

LAS MUJERES DE ZOLA

ILUST. DE SANCHA Y DE SANCHEZ GERONA



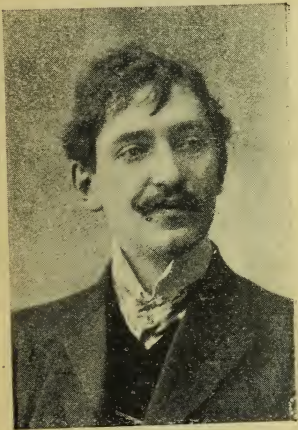
Casa editorial,
VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA,
Salud núm. 19.
—
MADRID

Imp. Marzo, S. Hermenegildo, 32 d.º

Teléfono, 3.127.

Romanes Research III - images 2 = 2011 numbers
OMW

845274
DG58



359261

*Dedicatoria á Alfredo Vicenti,
sin frases.*

E. G. C.

LAS MUJERES DE ZOLA

I

Angélica.

La primera mujer que me sonrío al penetrar en el vasto universo creado por el maestro, es Angélica, la bien llamada. Me sonrío con sus pálidos labios que se entreabren en la blancura espectral de un rostro adolescente. Sus ojos color de violeta, cargados de visiones amorosas y de vagas imágenes místicas, parecen haber olvidado, contemplando las vidrieras de la capilla Hauteceurt, el primer espectáculo de su niñez. Y sin embargo nada hay tan involvi-

dable como aquella noche de invierno, en la cual, huyendo de los Ra· bier, refugióse en la catedral y durmió á los pies de la Virgen, mientras las santas de piedra que ornan la fachada, se vestían de nieve ¡Y la mañana siguiente, cuando los Hu· bert la recogieron muerta de frío y se la llevaron para quererla como hija! Pero todo eso parece muy lejano á la orgullosa soñadora que se yergue cual un lirio en el esplendor de sus quince años, con el deseo de contemplar á Feliciano.

«Ya es — dice el maestro — una admirable bordadora que presta vida á las flores y alienta con fe los símbolos. Posee el don del dibujo, y sus vírgenes, parecidas á las ingenuas figuras de los primitivos, causan asombro.» En el fondo del pecho de la obrera, un corazón de iluminada

palpita. Las vidas de los santos envuelven á la pobre Angélica en una atmósfera de milagro. Su origen, por otra parte, la predispone á las pasionales complicaciones fisiológicas.

¡Su origen! ¡Qué cosa tan obscura! Su madre es la lamentable Sidonia que encarna la codicia de los Rougon y que, después de haber tratado de ganar honradamente algún oro vendiendo frutas provenzales en una clara tiendecilla de la calle Saint-Honoré, establece una secreta casa de intrigas galantes en el Faubourg Poissonnière.—En cuanto á su padre, nadie le conoce—ni aun su madre.

De tales herencias un carácter complicado surge, obscuramente al principio, con misteriosos sobresaltos y singulares caprichos; en segui-

da, con ardores místicos que la hacen desear una muerte igual á la de las vírgenes mártires; luego, con vagos instintos eróticos que llenan sus labios de hormigueos, y, por último, con un ideal preciso, en el cual la suprema castidad y la suprema pasión se confunden... Su mente, caldeada por los ensueños y las lecturas, ve en un noble vecino, hijo de los Hautecœur, su futuro compañero de inefables felicidades. «Parécete—dice Zola—que la boda se verificará inmediatamente, pues está acostumbrada á los milagros leídos en las *Vidas de los Santos*. Y cuando Hubertina le hace ver la realidad diciéndole que el sobrino de un poderoso obispo no puede casarse con una pobrecilla, precipítala en un abismo de humillaciones. Pero aun hundida allí, su mente la hace creer

que un milagro se realizará.» Como una virgen de miniatura de breviarío, Angélica se ve á sí misma en sueños, salvada de la obscuridad de su condición por el príncipe rubio. Toda su alma, todo su cerebro, todos sus sentidos, toda su locura, todo lo que en ella hay de misterioso y de sobrehumano, toda su naturaleza de iluminada, en fin, enciéndese en llamas de imposible deseo. Y por una serie inverosímil de circunstancias, las locas imaginaciones de la virgen amorosa conviértense en realidades. El obispo Haute-cœur, cuya divisa legendaria reza «si Dios quiere yo también», inclínase ante los amores de su sobrino y de la bordadora. ¡Pero esperad! El cuento azul termina trágicamente. «Se casa con la fortuna—dice el maestro —, se casa con la gentileza,

con el poder, con la juventud; y blanquísima en su traje blanco adornado de encajes y de perlas; blanquísima en la cima de la dicha, muere besando con sus labios febriles los labios de Feliciano.»

II

Denisa.

La dulce Denisa, envuelta en su inmensa cabellera rubia, sonrío modestamente, y su sonrisa entre los agujerillos de las mejillas y de la barba, ilumina todo su rostro, aviva todo su ser. Cuidando á sus dos hermanos con solicitud admirable, siente, á los veinte años, palpitar en su pecho tranquilo un corazón de madre. Sin curiosidad y sin deseo de vivir una existencia mejor, guiada sólo por el cariño fraternal, abandona el pueblo donde nació y toma el

camino de París. Su prima Genoveva le da hospitalidad en el obscuro, y sucio, y frío cuarto que ocupa en la



calle de la Michodière. Con lo que gana en el «Bonheur des Dames», mantiene á su Juan y á su Pepe. Y

como es muy poco, muy poco lo que produce el trabajo de las vendedoras, los tres huérfanos de Valognes sufren de la más espantosa miseria. Pero Denisa sufre con valentía. Su naturaleza serena contempla tranquilamente el porvenir. Algo le dice que más tarde podrá saborear los goces altruístas en que sueña y que consisten en ver gozar á los demás. Porque para sí misma, ella nada quiere. Su propia juventud llena de savia amorosa, parécela una cosa inútil, puesto que jamás podrá entregarla al hombre á quien ama en secreto. ¡Está tan alto en la escala social! Su alma loca, en efecto, no se ha prendado de uno de sus compañeros de la tienda, sino del amo mismo, del poderoso Octavio Mouret. «Los ojos del patrón, dice Zola, llenáronla de amor desde el primer

«día. Aquel encuentro fué decisivo. Pero en tanto amor había una ignorancia medrosa, algo como un susto de sí misma.» En la tienda inmensa donde se amontonan todas las tentaciones de la mujer, donde hasta en el aire hay un perfume penetrante de coquetería, donde todo respira lujo, elegancia, chic, la humilde muchacha va afinándose poco á poco. Al contacto frecuente de las sederías, su piel blanca se satina, y sus gestos cobran voluptuosa molicie en el calor perpetuo de los salones de modas Mouret no parece ni verla. Dominado por la fiebre del comercio, agranda cada día su tienda y aumenta los surtidos de artículos femeninos, seguro de que la parisiense, alucinada por tantas cosas bonitas, llegará hasta el vicio, hasta el crimen, para poder comprarlas. «Para traficar mejor

con los deseos de la mujer—dice Zola—, Mouret la embriaga de atenciones: establece elevadores capitonados, distribuye ramilletes de violetas, hace una sala de lectura que acilita las citas galantes, y á la formidable publicidad de los carteles, de los periódicos, de los catálogos, agrega las primas á los niños, las estampas, los juguetes, los globos de goma que, detenidos por un hilo, llenan á Paris de letreros anunciadores. Pero el comerciante dominador del bello sexo experimenta de pronto una debilidad y se siente dominado por una fuerza superior...» La fuerza superior es el amor—el amor por Denísa.

Sí; el poderoso amo del «Bonheur des Dames» está enamorado de su empleadilla, de la pálida muchacha de inmensos cabellos, de la más se-

ria, de la menos seductora de las vendeuses. Porque no hay duda: entre las mil chicas que sirven en la tienda, las hay á centenares más bonitas, más provocativas y más jóvenes. Octavio Mouret lo sabe. Sabe también, por instinto, que la conquista de Denisa le será más difícil que la de cualquier otra mujer. Y á pesar de todo, vencido, emprende la campaña con promesas y galanteos, apasionadamente. Pero todo es en vano. La muchacha, tranquila y sana, resiste al amor. Con una dureza inexorable responde á todas las palabras de su amo. Al fin Mouret le ofrece su mano. Denisa acepta con sencillez, como si fuere una cosa muy natural en el mundo que una modistilla buena y bonita se case con un millonario.

III

Cristina.

Esta es la falsa musa. Se llama Cristina. Su tez de primavera, su seno naciente, sus cabellos negros enlo-



quecen en Claudio Lautier al artista y al hombre. Pero al principio el único que habla es el artista. Con un entusiasmo goloso, el pintor co-

pia la juvenil garganta, se extasía ante el talle frágil, admira los redondos brazos. ¡Nada más! Ella ve con extrañeza á aquel chico guapo que, encontrándose solo con ella en el misterio de su estudio, no la pide sino que se quede quieta. Por eso piensa luego en él con cariño. Por eso vuelve á menudo. «Alta — dice el maestro —, alta y bella con su pesada cabellera, tiene un aspecto de tranquila decisión. La parte superior del rostro es de una inmensa bondad, de una inmensa dulzura, con la frente límpida cual un espejo y la naricilla nerviosa. La sonrisa de los ojos ilumina el conjunto. Pero la parte inferior de la cara aleja la idea de ternura: la mandíbula es dura, la boca es una flor de sangre, los dientes son fuertes. Es una planta de pasión en la cual la savia amo-

rosa palpita. » El retrato es admirable, ¿verdad? El maestro parece complacerse de una manera muy especial en presentar á sus más queridas heroínas en el instante en que los sentidos empiezan á despertarse, y en verlas ir, paso á paso, con incertidumbres ingenuas y locos aleteos, hacia la hoguera de las supremas caricias.

Durante largos días Cristina, virgen, sirve de modelo para un cuadro desnudo á su amigo; y no siente rugir en su pecho el amor por el hombre, sino cuando, en la Exposición de Bellas Artes, contempla la obra del artista escarnecida por una hostil multitud. ¡Oh! ¡aquella tarde! Queriendo consolarlo de la burla de los demás, corre hacia él con los brazos abiertos, y en la penumbra perfumada del crepúsculo besa ardien-

temente los labios que se crispaban.

Al sentirse mujer, Cristina, con su carácter franco, comprende que no puede continuar viviendo en casa de madama Vanzade, donde la tienen por una niña. No; no puede; no quiere. Claro que no le sería difícil ni esconder sus amores, ni hacérselos perdonar confesándolos. Pero no. Su frente se enturbia á la sola idea de una humillación ó de una mentira. Con su pintor huye, pues, á Benencourt para adorarlo en el tibio secreto del campo.

He dicho mal. No es el pintor, sino el hombre el que huye. En la puerta de la alcoba ha muerto el artista. Y la mala musa, la mujer enteramente amorosa, siente un inmenso orgullo al convencerse de ello. La pintura le parecía su rival. Sin genio y sin ensueños, Claudio antója-

sela más «suyo». Su egoísmo erótico es tan grande como su amor, su amor proceloso, su encrespado amor de pecado, ante el cual todo se borra de su alma, hasta el sentimiento de la maternidad. Porque Cristina no es madre sino de una manera material. En el fondo no lo es. No es más que amante.

Claudio, en cambio, después de la ebriedad de los sentidos, vuelve á amar su arte. Los celos femeninos nacen entonces. «En el fondo de ella — dice Zola — el insaciable amor ruge siempre. Ella no deja de ser la carne de pasión, el deleite de labios rojos y sangrientos.»

El despego de Claudio la hace sufrir torturas casi físicas. En su desesperanza llega á odiar el arte hasta el punto de decirse que preferiría tener como rival á una mujer.

Para consolarla, Claudio se casa con ella; pero el consuelo es pálido y la fogosa amante siente, al volver de la alcaldía, sensación de regresar de un entierro—el entierro de su amor, de su juventud, de su goce. Y con alma doliente, vive sufriendo en la monotonía del olvido hasta que, una mañana, el suicidio de su marido la sacude con violencia trágica.

IV

Nana.

Hela aquí. El frufrú de sus trajes de seda y el perfume de sus cabellos anuncian desde lejos su llegada. Es la flor del rosal cárdeno. Es la mosca de oro. «La crónica de Fauchery—dice Zola—era la historia de una mujer, hija de cuatro ó cinco generaciones de borrachos de sangre corrompida por larga herencia de

miseria y vino y que se transformaba en ella en un desarreglo nervioso sexual. Arrojada al arroyo pa-



risiense, alta, bella, de hermosas carnes, cual planta del estercolero, parecía hecha para vengar á los miserables, de los cuales procedía. Con

ella la podredumbre que fermenta en el pueblo, subía hasta la aristocracia para encanallarla. Sin quererlo, sin saberlo, llegaba á ser un elemento, una fuerza de la naturaleza, un fermento de destrucción, corrompiendo y desorganizándolo todo. Al fin del artículo hallábase la comparación de la mosca, una mosca del color del sol, escapada de la inmundicia, una mosca que chupaba la muerte de las carnes podridas y abandonadas en los caminos, y que después, volando con sus reflejos de pedrería, envenenaba á los hombres sólo con posarse en ellos.» Fauchery era un moralista. Si hubiese sido un pintor en vez de un símbolo, habría visto en ella una imagen seductora, con su cabellera de oro, su piel de raso, su naricilla picaresca y sus ojos fosforescentes. Si hubiera sido es-

cultor, lo que en ella le hubiese llamado la atención, habría sido la esbelta estatua viva. Si hubiera sido poeta, en fin, poeta y amante, habríase dejado alucinar por todo lo que, en su vida, en su alma, en su cerebro, es capricho, fiebre, locura, voluptuosidad, tristeza, gracia, coquetería, vicio, independencia, instinto libre é inconsciente ingenuidad. Porque no hay ceguera más grande que aquella que sólo ve en la cortesana moderna un ser de cálculo y de lujo...

Nana es el símbolo de la corrupción áurea. A los veinte años, después de haber vivido con unos cuantos protectores cosmopolitas, aparece una noche vestida de su blancura, coronada de sus cabellos, y triunfa en el escenario de Variedades, sin talento y sin voz, sólo con el prestigio

dominador de su belleza rubia y de su sonrisa provocante. Una jauría de hombres sigue sus huellas, y ella, segura del porvenir, comprende entonces que podrá escoger, y ser exigente y ser desdeñosa y ser cruel —y también, á veces, ser buena, sonreír, acariciar y morir de amor en un beso sin precio. «Siempre convencida de su superioridad sobre las honradas gentes que la aburren —dice Zola—, hace daño con la más perfecta inconsciencia.» Jorge Hugon la gusta como la gusta luego su hermano Felipe Hugon. Que de ese doble amorcillo pueda surgir un drama fraternal, ni siquiera se lo imagina. No es ella, pues, sino la vida misma la que es cruel. En sus relaciones con Fontan, que la maltrata, muéstrase apasionada sin interés. El mismo maestro, más adelante dice:

«Nana es, ante todo, una buena muchacha. Las tristezas á su derredor le hacen llorar, y cuando cree que ha sido dura con sus criados, les pide perdón.» Su maldad tiene algo de rencor de casta. Es mala con los ricos, con los nobles, con los que le parecen opresores del pueblo. Es mala con Muffat, es mala con Vaudenures, es mala con Steiner, es mala con los que la compran como un objeto de lujo ó como un calmante indispensable para sus vicios. Pero no lo es con Satin, ni con sus demás *beguins*.

Cansada de dominar á París, de tener palacios, de devorar fortunas, de precipitar familias enteras en la ruina y en la desesperación, una noche, de repente, cae enferma. La página de su muerte es espantosa. «Va á morir como una bestia putrefacta»

—dice Zola—. Después de una ruidosa exhibición en el teatro de la Gaité, en el papel de *Melusina*, después de un viaje por Oriente, cae enferma en un cuarto de hotel y sucumbe, sola, entre pústulas hediondas.

V

Clorinda.

No creo que Clorinda tenga, entre los lectores del maestro, un gran número de admiradores. Su figura, en medio de tantas otras tan brillantes, parece pálida. Empero es, quizá, la más bella de todas, la más bella de un modo plástico por lo menos. «No tiene defectos», dice alguien hablando de su belleza. No. Pero carece de *chic*. Se viste sin la ciencia consumada de las parisienses y bajo los árboles del bosque, en las

tardes primaverales, sus trajes algo ridículos hacen de ella una imagen á la vez divina y ridícula. ¿Qué no es doble en ella? Su generosidad de unos días es tan grande como su avaricia de otros; su misticismo camina á la par de su instinto libertino; su ambición, en fin, es tan enorme como su modestia. Mas de todo resulta necesario suprimir lo pálido, lo honrado, lo humilde, que no es sino máscara, para dejar lo *otro*, que es lo real. Y no hay duda, lo otro es grandioso. En una época de orden, parece una hija de la leyenda aventurera de siglos más pintorescos, venida de Italia para conquistar, como Mazarino, el supremo poder en Francia. Con modales singulares, pareciendo alocada, chocando, seduciendo, inquietando, sigue por encima de todo escrúpulo la línea que su vo-

luntad se traza con objeto de llegar á un rico matrimonio. Su excelencia Eugenio Rougon, parécela una presa digna de los halcones de su deseo. ¡Cómo no ha de enloquecerlo, siendo tan bella! ¡Cómo no ha de conquistarlo, siendo tan hábil! ¡Oh! Pero él lo es más. ¿Lo es más ó lo es menos? Lo es más porque escapa á la seductora diabólica y la obliga á casarse con un pobre hombre sin talento. Lo es menos porque no adivina que aquella mujer es capaz, teniendo un marido, de hacerlo triunfar á pesar de todo. ¡Y cuánta elegancia en la venganza! Ahí se ve la angre florentina que corre por sus venas azules, bajo el alba seda de su epidermis. Sus intrigas hacen que el emperador dé el gobierno á su enemigo. Viéndole en el poder, se acerca á él y le dice: «Te he hecho subir

para precipitarte en seguida al abismo.» Al día siguiente cambia el ministerio, en efecto, y reemplaza á su excelencia Eugenio Rougon, el marido de Clorinda. «Ya ves que no es más pobre hombre que tú» — termina diciendo. Y después de tres años de intrigas, llama de nuevo al poder, sonriendo divinamente, á su excelencia Eugenio Rougon.

VI

Clotilde.

¿Os recordáis de aquella chiquilla á quien Angela Sicardot no quiere abandonar y que, después de un viaje por el Mediodía va á vivir á casa de su tío? En «La Curé» la dejamos casi en pañales. En el «Docteur Pascal» la encontramos luego creciendo libremente como una planta silvestre. «A la edad ingrata—dice el

maestro—de los doce á los diez y ocho años, parece demasiado alta. Sin esbeltez, trepa á los árboles cual un muchacho.» Pero de pronto, por obra de hechicería, comienza el cuerpo á adelgazarse, se afina la cintura y surge, poco á poco, del bloque sin cultura de mármol color de rosa, la más seductora estatua de voluptuosidad. Oid cómo la describe Zola: «Tiene la cabellera rubia, cortada hasta la nuca, un perfil exquisito y serio; la frente recta, los ojos azul celeste, la barbilla carnosa y la nariz delicada. Su cuello es de una blancura de leche entre el oro loco de los cabellos que revolotean á su alrededor.»

... Ya tiene veinticinco años. ¡Y es tan ignorante! Lo único que sabe es leer y escribir. Pero en esto, como en el desarrollo plástico, una sorpre-

sa nos espera. De pronto comienza á saber, á saber mucho, á estudiar, á meditar; y cuando menos se piensa, ya está ayudando á su sabio tío, el doctor Pascal, en sus labores científicas.

¡Qué admirable es el cuadro que nos hace ver, uno frente á otro, á estos dos seres unidos por el destino á pesar de sus edades! Ella, la niña cristiana, que se acuerda con íntima ternura de las oraciones que la enseñó su nodriza Martina, querría conquistar para el Señor Jesucristo el alma incrédula de su tío. «Sueña —dice Zola— en destruir el pensamiento de su maestro, en aniquilar las obras que hieren su fe católica, y se hace cómplice de los cobardes designios de su abuela Felicité. Pero sorprendida por el doctor en el momento en que pilla sus manuscritos,

se siente dominada, domada por la voluntad viril, y se arroja en brazos de los hechos, de la verdad desnuda, de la execrable realidad que revolucionara todo su ser y la diera una formidable lección de vida.»

La reconquista del alma de Clotilde es de una belleza simbólica inolvidable. La antigua enemiga se hace sumisa discípula. En las noches estudiantinas, bajo la luz de la lámpara, ante los libros de ciencia, las dos cabezas se aproximan y los cabellos blancos del sabio se confunden con los cabellos rubios de la convertida. Luego los labios también se acercan, temblorosos, en un beso fecundo.

VII

Matilde Jabouille.

Un retrato goyesco: «Tiene treinta años, es morena; su rostro chato

aparece flaquísimo, con sus ojos de pasión y sus párpados azulados. Al reír enseña huecos negros de la boca, en los cuales faltan dientes. Es inquietante de fealdad. Un perfume fuerte emana de ella, perfume que impregna su cabellera, su falda, todo su ser. Diríase que su aliento es de menta y de pimienta. Dicen que fueron los curas los que la casaron con Jabouille el herborista; y, en efecto, suelen verse vagas sombras de sotanas en el misterio de su tienda, do reina una discreta penumbra de claustro y un silencio de sacristía, donde las devotas hablan quedo, cual en el confesonario, al hacer sus compras, que meten en el fondo de sus sacos, bajando la cabeza.»

¿Verdad que es un capricho? Pero oid las otras dos partes, pues cual una tragicomedia ó cual una pintu-

ra mural, esta historia grotesca se divide en tres *panneaux*.

Jabouille, extenuado, muere. La viuda, inconsolable, lo reemplaza sin ir á la Vicaría, con sus dos empleados Mahondeau y Chainé. Un día, sin embargo, un hombre la seduce. Es Jory, que parece «una gallina gorda» y que tiene «una nariz rosada y oleaginoso». Con él se escapa la herborista, ya rica.

Después de seis meses de idilio ilícito, la viuda de Jabouille consiente en casarse con su raptor.

Tercer cuadro: Desde entonces una esposa autoritaria, hambrienta de respeto, devorada por la ambición, reemplaza en ella á la antigua impúdica; ni siquiera engaña á su nuevo marido. Una virtud agria la domina. Está gorda, es redonda; parece una salchicha.

VIII

Felicité.

Felicité, la viejecita seca y morena que recorre á pasos rápidos las calles de Plassans, y en la cual nadie para mientes, es una lección de energía. Durante veinticinco años lucha por la riqueza en el comercio. La suerte la vence. No importa. Su ideal es ser rica, ser poderosa, ser respetada, ser temida, ser temible. «¡Lo seré!»—dice—. Y no hay que reirse de ella. A pesar de que su marido es un personaje nulo, incapaz de conquistar la fortuna; á pesar de que sólo le quedan unos dos mil francos de renta anuales; á pesar de todo y todos, está segura de que logrará ser poderosa. Para conseguirlo tiene la voluntad.

Con paciencia ve crecer á sus hi-

jos, buscando entre ellos el instrumento de su ambición. Desde luego Pascal, el doctor, no le sirve. Es un idealista loco, que cree en la ciencia y en la humanidad. ¡Buena! Pero quedan otros dos: un abogado y un funcionario, ambos «utilizables». Y pasan los años, los años, los años..., y nada llega. No importa. Felicité no envejece; con sus ojos feroces contempla las ventanas suntuosas de la casa del agente fiscal. «¡Ah! ¡Reemplazarlo!» Estalla la revolución del 48. ¿No habrá algo? No...; nada. Pero he aquí el golpe de Estado de Napoleón III, los fusilamientos, los motines, la resistencia, la lucha por la libertad. Todo lo noble perece. De las ruinas surge, al fin, la fortuna de la viejecita que supo esperar con avidez. La agencia fiscal es de ella, de su familia. Des-

de entonces, cada día ve crecer su prestigio.

A la tía, que con su idiotez entristece la casa, la encierra en un manicomio. A Francisco Muset, el amigo del «pueblo canalla», lo precipita en la locura y lo hace suprimir en un arrebató; á otro enemigo temible, Jaujas, lo anula también, en tanto que su hijo allá en París, sube hasta el Ministerio. A los ochenta años, es la más poderosa, la más elegante mujer de la ciudad. La guerra y sus desastres aumentan su riqueza. Ella sabe entonces renunciar á la lucha y retirarse, lo mismo que la emperatriz Eugenia, haciendo gestos de duelo. Sólo una pasión subsiste en su alma, y es el deseo de destruir los papeles, en los cuales, con paciencia de coleccionista, su hijo, el doctor Pascal, ha re-

unido, durante veinte años de trabajo, todos los documentos fisiológicos sobre la familia de los Rougon. Una criada la ayuda. Y así, viendo arder en una inmensa llama los manuscritos de su hijo el sabio, siente, ya en las puertas de la muerte, la suprema dicha de salvar á su familia de la verdad cruel de la historia científica.

IX

Catalina.

Catalina no merece el horror con que se la considera. Es la mujer inconsciente, apacible, que recibe los golpes y las caricias de su señor con igual serenidad. A la pobre la gusta Lautier, pero como el que la llama es otro, se resigna. «Es mi hombre» —dice—. Y su «hombre», su Chaval le da todos los días su ración de pa-

tadas, la hace trabajar para poder beber, la deja enflaquecer de hambre. ¡Es su hombre! Por eso lo defiende arriesgando su propia vida el día del motín de los mineros. Por eso pena y suda cargando carbón, para mantenerlo. ¡Oh! Y ésta no es una robusta hija de las montañas negras. «Delgadilla á los quince años — dice el maestro —, tiene el pelo rojizo, la boca algo grande, los dientes admirables, la tez pálida.» Su cuerpo es blanquísimo. Vestida de minera, con su calzón y su gorro, parece un pobre hombrecito melancólico y suave.

X

Gervasia.

Otra figura de infierno: Gervasia. «Concebida en la borrachera — dice Zola —, tiene la pierna derecha en-

ferma, es flacucha, muy pálida, y su madre, que adora los licores, la somete al régimen del aguardiente. Ya grande, sigue siendo delgada y frágil, con un delicioso rostro de muñeca, un rostro redondo y pálido de una exquisita delicadeza. Su cojera es casi una gracia: su talle se inclina hacia un lado á cada paso con un suave vaivén. Esta debilidad física no la impide ser precoz en todo, ganar su vida á los doce años y tener un hijo á los catorce. Después de éste vienen otros dos frutos de su amor. Hela aquí, á los veintidós años, tres veces madre, abandonada por su amante y dispuesta á no volverse á emborrachar. Lo único que desea es trabajar para comer. — ¡Oh! ¡Nada más que un mendrugo! — y para dar de comer á sus chiquillos. La señora Fauconnier, lavandera, la emplea,

y Coupeau se casa con ella no porque sea guapo, ni trabajador, ni nada, sino porque la pobre no sabe decir «no». ¡Otro hijo! Pero Gervasia, para que nada falte, lava duran-



te doce horas diarias, mientras su marido, por su parte, es un modelo de obreros. Un día Coupeau se rompe una pierna, abandona el trabajo, comienza á beber. Gervasia pone, con lo que un admirador casto la

presta, una tienda de planchadora. ¡Con cuántas ilusiones se instala! Pagará poco á poco, dando un luis cada mes, y economizará algo, y educará bien á los chicos... Pero ¡ay! la realidad es cruel contradictoria. Una vida horrible de degeneración, de lento declive, comienza. El drama es de una monótona tristeza. El marido se emborracha. Ella lucha. Al fin se emborracha también. Vuelve á ser obrera. Sólo que ya es tarde. ¡Ya ni eso puede! Y después de lavar el suelo en una casa, después de dormir entre las inmundicias de una caballeriza, después de apurar lo inverosímil de la ignominia, se va á la fosa común llevada por Bazouge, el enterrador aquel que tanto miedo la inspiraba en su niñez.

XI

Tante Dide.

Una desdeñada: es la madre de todas. Es la primera. Por eso, en nuestras imaginaciones, es la última: Tante Dide.

¡Tante Dide! De ella salen todas las ramas del árbol. Es la abuela de la familia, la fuente de todas esas vidas de Rougons y de Macquarts, el antro obscuro de donde se lanzan en vuelo misterioso para llenar el siglo los más extraños, los más locos, los más estupendos personajes de la vida imaginativa. Es el viejo tronco del árbol. Y así, rugosa como un tronco, vieja como un roble, la vemos en «El doctor Pascal», á la edad de ciento cuatro años, olvidada cual una cosa inútil en un rincón de la vida, ya sin juicio ni voluntad, pu-

diendo pasar horas y horas quieta, momificada, pareciendo una muerta que aún funciona, siendo un organismo del cual ya se ha ido todo, todo (el alma, la sangre, la memoria), y que, sin embargo, aún digiere y se mueve y ve con ojos fijos.



Pero si ella yace inanimada esperando el choque que va á devolverla un día la razón durante algunos minutos, para hacerla morir contemplando el pasado trágico, si nada en

ella se mueve, en cambio ¡cuántas vidas palpitan en el mundo que no son sino ramificaciones de su vida! Los Rougons son sus hijos legítimos. Los Macquarts son sus bastardos. Aquéllos fueron engendrados por un robusto y plácido jardinero. Estos tienen como padre á un contrabandista alcohólico. Pero ahora, en la vida, unos y otros se mezclan y se confunden, habiendo pasado por ella, por Tante Dide, por la yema simbólica, por el crisol de la feminidad triunfante.

¡Y quién hubiera dicho que iba á durar tanto! A los cuarenta años, en efecto, ya parecía decrepita. Sus nervios la hacían, por otra parte, víctima de los ataques más espantosos. Pedro Macquart, para precipitar su fin, la despoja de su fortuna, y Pierre Rougon la brutaliza con el mis-

mo objeto. Pero ella no se quiere ir. Y cuando ya casi todos sus nietos han desaparecido, ella continúa en su butaca, inmóvil, grave, triste, como un testigo de las más grandes ignominias humanas.

Después del divorcio.

Luciana, veinticinco años; Ernesto, veinticinco años; Pedro, veinticinco años... Todos tienen veinticinco años. Y todos son ricos. Y todos son bellos. Los ojos de Luciana parecen inmensas violetas pálidas, y sus cabellos la coronan de oro. Es delgada, sin ser flaca—una fause maigre—. Su palidez intensa da á su rostro una expresión equívoca de pierrot adolescente. Sus diente-cillos hacen pensar en ideales fieras de lujo que se alimentan devorando corazones.

Pedro y Ernesto son morenos, altos, esbeltos.

Un cuarto de trabajo amueblado à la inglesa.

Llaman à la puerta.

Ernesto.—¡Adelante!

Pedro (entrando). -Buenas tardes, Ernesto... bonísimas. Pero no me agradezcas la visita. Está lloviendo... Y como además tengo el sagrado deber de feli...

Ernesto.—De felicitarme, sí; es verdad. Muchas gracias, Pedro.

Pedro.—En el fondo eres el más afortunado de los hombres, pues después de...

Ernesto.—Sin duda... ¿Y dices que está lloviendo?...

Pedro.—¡Horriblemente! París es la ciudad más insoportable del mundo. Cuando no está llena de nieve está llena de lodo. No sé cómo no

se les ocurrió á nuestros abuelos establecer la capital en Niza... Pero, ¿á ti qué te importa el tiempo? Ya eres libre; ya no tienes obligación de ir al bosque á las tres..., al teatro á las diez...

Ernesto.—En efecto. (*Se sienta.*)

Pedro.—Sí. Eres libre después de haber tenido cadenas dulcísimas. Puedes ir, correr, volver, jugar, beber, amar... No digas que no...

Ernesto.—No digo nada.

Pedro.—Hasta casarte de nuevo puedes... Pero, claro, que no lo harás. Como muestra basta un botón... Un botón de rosa, ¿eh?... No te cases.

Ernesto (*sonriendo melancólicamente*).—Gracias por el consejo.

Pedro.—Cualquiera diría que estás triste.

Ernesto.—No.



Pedro.—Sí; estás triste.

Ernesto.—No; te digo que no estoy triste.

Pedro.—Bueno... ¿Y son?... (*Ve el reloj.*)

Ernesto.—Las cinco... Ahora mismo espero á un amigo... Un asunto muy serio.

Pedro.—Un amigo con faldas..., un amigo moreno... Vamos, dí que esperas á una mujer...

Llaman á la puerta con suavidad, como los nocturnos visitantes de los cuentos de Poe... ¡Toc!.. ¡Toc!.. Nada más que dos golpecitos.

Pedro (guiñando el ojo).—¡Claro!

Ernesto (nervioso).—Sí. Pero márchate... Mira, por esta puerta... No seas malicioso... Anda, adiós... (*Sale Pedro.*)

Ernesto (poniéndose de pie).—¡Adelante!...

Luciana (entrando). — ¿Se puede?... Buenas tardes...

Ernesto (muy emocionado). — Buenas tardes... Luciana... Siéntese... Siéntate... ¿No quieres sentarte?... Sin duda tienes prisa...

Luciana. — No. Yo no tengo compromisos de ninguna clase... ¿Recibiste mi carta?

Ernesto. — Sí.

Luciana. — ¿Y qué dices?

Ernesto. — Digo... Eso es... Yo también quería escribirte en el mismo sentido, pero como ignoraba tus proyectos de vida... Los hombres somos muy tímidos. Y las mujeres son tan caprichosas, que en un mes cambian treinta veces de ideas.

Luciana. — Un mes.

Ernesto. — Sí. Hace un mes que estamos divorciados.

Luciana. — Un mes... Yo tampo-

co me atrevía á escribir... ¡Sois tan raros los hombres!... Al fin hice un esfuerzo. Ahora estoy contenta.

Ernesto.—¿Contenta?

Luciana.—Tranquila.

Ernesto.—Yo también. Nuestros caracteres son opuestos... Tú, tan alegre, tan decidora, tan picaresca... Yo, melancólico y silencioso... Esa fué la causa... Pero aun estando conforme con mi nueva situación, no he de negar que es imposible suprimir así, de pronto, todo el pasado. El divorcio borró el matrimonio, no la amistad... Siempre podemos vernos de vez en cuando, á menos que...

Luciana.—¿Qué?...

Ernesto.—Que... sí... una cosa muy natural después de todo... Y, además, yo no tengo que meterme en eso... Una mujer divorciada puede casarse de nuevo... *debe* casarse

de nuevo cuando es joven, bonita, como tú... ¡No me digas que no! Todas dicen lo mismo... Ya sé que por ahora... Pero las ideas cambian. La soledad es una consejera irresistible..

Luciana.—No... te aseguro que no.

Ernesto.— En fin, mientras tal cosa no suceda, seremos amigos... ¡Qué bonito traje llevas!

Luciana (sacudiendo su falda de terciopelo negro).—Un vestido serio... casi un vestido de viuda... ¡Se acabó la coquetería! Mi modista me arregla como quiere, y yo ni pido ni protesto.

Ernesto (con tristeza).—Es delicioso tu traje; así, muy obscuro, muy serio, formando contraste con tu sonrisa maliciosa, con la alegría dorada de tu cabellera, con las llamas azules de tus ojos.

(Un minuto de silencio. Luciana sonríe, acariciando la suave tela de su falda, mientras Ernesto se pasa la mano por la frente con ademán pausado y austero.)

Luciana.—Entonces, ¿no has quemado mis papeles, mis cartas, mis reliquias? Me gustaría conservarlas... las de mi madre... y algunos retratos...

Ernesto (abriendo un cajón de su mesa).—Mira...

Luciana (se acerca).—¡Ah! Mil gracias..., con tu permiso... De mi hermana... de mamá. . y retratos del convento; la pobre sor Estela que me quería tanto y la madre Teresa... Lo que es bonitas no son.

(Ernesto examina en silencio los papeles. Ante sus ojos, húmedos de emoción, los paquetes van deshaciéndose y rehaciéndose rápidamente.)

Luciana comenta cada sobre, cada retrato, á veces con frases nostálgicas, más á menudo con ligeras ironías.

De pronto, al abrir una bombonera, se esparcen sobre la mesa, volando con alas marchitas, unos cuantos azahares.)

Ernesto.—¡Ah!

Luciana.—¡Mis pobres flores de novia!... (Luego, en voz muy baja, como hablando consigo misma). Las florecillas que encarnan todo mi pasado, todas mis alegrías y todas mis penas muertas, todo el perfume de los días paradisiacos que volaron para no volver, toda la ternura del amor difunto... Voy á llevármelas... Y más tarde, cuando de mi juventud no quede sino el recuerdo, aún podré evocarla contemplando estos pétalos secos en el aislamiento de mi

vida por venir... ¡Mis pobres, mis pobrecitas flores!...

Ernesto.—Déjame una... una sólo, para que yo también pueda en las noches tristes de mi futuro solitario, hacer surgir del fondo de la memoria los días llenos de sol de nuestro idilio... Mirá... Esa pequeñita...

Luciana (coge los dos azahares más completos y se los ofrece).—Toma...

Ernesto.—Gracias, Luciana. (*Llevándose á los labios la mano de Luciana.*) Mil gracias... ¿Y esas flores frescas que llevas hoy en el pecho, no me las dejas también?

Luciana (sonriendo se acerca á él hasta confundir su aliento con el suyo).—Lo que quieras, Ernesto... **Tod**as las flores que quieras...

Ernesto.—¡Todas las flores!

Luciana.—¡Oh! ¡Todas, todas!

Ernesto.—Tú también eres una flor, Luciana...

Luciana.—Todas las flores...

Ernesto.—La flor roja de tus labios...

Luciana (desfalleciente).—Todas las flores...



LA GUILLOTINA

Cuando mi amigo Luis Gallaut, secretario del ministro de la Justicia, nos preguntó en el entreacto si queríamos ver guillotinar al asesino de la marquesa Liana de Riez, yo respondí evasivamente, diciendo á mi mujer: «Como te parezca... ya sabes que las ejecuciones se verifican al amanecer.» Y no era por falta de deseo, no. Yo solo, habría ido con gusto á sentir el escalofrío que los espectáculos trágicos producen; pero con ella, que era tan delicada, tan medrosa, tan enemiga de la violencia; con ella, que acababa de salir

del regazo de su madre para caer entre mis brazos mimosos; con ella, con mi Laura, no, en verdad, no me atrevía. Así, cuando la oí exclamar estremeciéndose de emoción: «¡oh!... ¡vamos!... ¡vamos!», no pude menos de expresarle mi extrañeza.

—¡Bah!—concluyó Gallaut—, las mujeres son más valientes que nosotros.

Y luego, como el último acto iba á comenzar, se marchó dándonos cita en un café de la calle de la Bastilla, á las cuatro de la mañana.

Naturalmente, no nos acostamos. Al salir del teatro, ya muy tarde, entramos en una taberna del Boulevard, donde tardamos hora y media en comernos dos docenas de ostias regadas con champaña.

Al despuntar el día, nos encontramos ya, mi mujer, mi amigo Luis y yo, en la plaza de la Roquette. El verdugo no había edificado aún, con los cuatro maderos de la guillotina, el pórtico de la muerte. Frente á las aceras de la cárcel, alineábanse algunos escuadrones de guardias republicanos, en cuyos sables desnudos los primeros rayos de luz prendían chispas inmensas.

El cielo estaba ensangrentado. ¿Estaba realmente ensangrentado el cielo, ó eran mis ojos los que veían por todas partes el color de la púrpura humana? Sí; sí lo estaba. Laura me dijo, apoyándose en mi brazo: — ¡Mira!... ¡qué lindo!... ¡Parece un incendio!...

Lo que parecía era más bien una ola de coral líquido, pues ningún reflejo metálico de esos que por las tar-

des convierten en una llanura de ascuas el Poniente, daba tonos intensos y cálidos al infinito.

—Es un cielo de rubí—murmuró mi amigo para quien todo lo rojo era rubí, como todo lo azul era zafiro.

Yo seguía contemplando, en silencio, la monstruosa ascensión de la sangre en el éter. Y poco á poco, alucinado sin duda por las circunstancias, figuréme ver palpitar, entre los vapores encarnados del Oriente, los labios de una herida fantástica. ¡Oh! ¡aquel cielo! ¡Aquel cielo móvil, casi blando, casi flácido! ¡Aquel cielo que parecía vivir y sentir, y cuya curva se desinflaba á medida que la substancia roja subía más en el infinito!...

—«Julio, ¿verdad?»—Era mi mujer quien pronunciaba mi nombre, ó me-

por dicho, el nombre del asesino, que por una desagradable casualidad se llamaba lo mismo que yo.

- -Y ella, la marquesa Liana, ¿qué clase de mujer era?

Mi amigo, muy enterado de los misterios de la vida parisiense, contestaba complacientemente.

—¿Ella? Una falsa marquesa, más falsa que las del Papa. Sus padres habían sido porteros ó cosa por el estilo. Pero muy lista, eso sí, y muy bella, y también muy caprichosa. En cierta ocasión se le ocurrió hacerse actriz, y como ningún empresario quería aceptarla, ni aun con dinero encima, compró un teatro. Y lo más curioso es que tuvo éxito. Sarcey habló de ella como de una graciosa esperanza del arte ligero. Al cabo de poco tiempo abandonó las tablas y se afilió á una secta ocultista. Ase-

guran que decía la misa negra vestida de Papa diabólico, y que una noche sirvió á sus invitados un plato de raviolis hechos con hostias consagradas. ¿Verdad que es espantoso? Algún tiempo antes de morir abandonó también la magia negra y se entregó en cuerpo y alma á la anarquía... en cuerpo sobre todo. Creo que á su asesino lo conoció en un club de compañeros.

—¡Ah! entonces ¿lo conocía?

—¡Ya lo creo! Si vivieron juntos un par de meses, queriéndose mucho, según parece. Ella, por lo menos, es indudable que lo adoraba á su manera, una manera brusca y variable. En el momento de morir, la doncella que dormía en el cuarto vecino al suyo, la oyó pronunciar, con voz de hipo, pero sin horror, sin crispaciones, el nombre de su Julio.

El, para obligarla á callar, «á morir en silencio», como luego ha dicho,



la tapaba la boca con su boca... ¡Fíjese usted qué beso!

El tono de mi amigo en aquel si-

tio, á aquella hora, me disgustaba profundamente. Para hacerle cambiar de conversación les indiqué con el dedo el grupo que formaban los ayudantes del verdugo, trabajando ya en edificar el cadalso.

—¡La guillotina! — exclamó mi mujer apretándome el brazo nerviosamente... Pero en seguida preguntó de nuevo:

—¿Y después, qué hizo Julio?

La plaza empezaba á llenarse de gente: seres pálidos, rostros patibularios, todos los candidatos á la pena de muerte estaban allí mirando con inmensos ojos de fiebre los preparativos de la *viuda*, como en términos de *argot* parisiense se llama la segadora mecánica de cabezas. De trecho en trecho, sin embargo, un traje de seda clara ponía una nota elegante entre tanto harapo.

—Son las eternas curiosas—dijo mi amigo.

Luego, contestando á mi mujer que insistía, prosiguió:

—Julio se escapó tortamente. Si se hubiese entregado, tal vez estaría ahora libre, pues su crimen habría podido pasar por un acto pasional; pero desapareció y con él desaparecieron algunas sortijas de valor, unos cuantos billetes de mil francos... ¿Y sabe usted quién le denunció á la policía? Su propia madre. ¡Una idea de mujer honrada, viuda de capitán! El se había escondido en un hotel donde el ama le quería muchísimo y donde la criada le adoraba... un hotel del barrio de San Sulpicio, frecuentado por curas de provincia... Y lo más extraño es que no vendió las joyas, sino que las regaló á una chiquilla, de quien esta-

ba enamorado... Porque el tal Julio resulta un verdadero don Juan del crimen.

—¿Era guapo?—preguntó mi mujer.

—Mírelo usted.

En aquel mismo momento, en efecto, las puertas de la prisión se abrieron. Un escalofrío sacudió á la multitud, y por los sables de los gendarmes que presentaban las armas á la muerte, un reflejo siniestro pasó rápidamente. El silencio, un silencio de angustia, de hielo, de miedo; un silencio casi religioso; un lamentable silencio fantasmal, reinó un minuto. Después se esparció en el ambiente un murmullo sordo, sin palabras, hecho de tosidos secos, de crujir de dientes, de entonaciones guturales y de chasquidos de lenguas que buscaban en el fondo de la boca

seca un poco de saliva refrescante.

Yo no vi nada. Vi á un sacerdote, sí, que marchaba hacia atrás levantando un crucifijo; vi un grupo, una camisa blanca entre varias levitas negras; vi... No; no vi la cabeza, no vi el cuerpo. Apenas si el reflejo de la cuehilla lució como un rayo de luna ante mis ojos. Y en seguida vi sangre, mucha sangre, sangre en el cielo, en el suelo y en el aire... Instintivamente me limpié las manos.

Cuando pude hablar, dije:

—Vámonos.



Mi amigo nos había abandonado. Y solos, sin valor para tomar un coche, solos por la calle sola, solos bajo el cielo de púrpura, caminábamos como autómatas. Digo «caminábamos» y debiera decir «camina-

ba yo». Ella, mi Laura, iba como siempre, ágil y rítmica, saltando cual un pájaro. Apenas si una ligera palidez y una profunda sombra azul bajo los párpados, la daban un airucillo delicioso de fatiga.

—¿Estás cansada?—le pregunté.

—No—me contestó. Para hacerme ver que no, que no mucho, que tal vez no, enseñóme, sonriendo, las divinas hileras de sus dientes y me estrechó el brazo, más que antes, más que nunca.

¡Qué largas parecían las calles! En los árboles autumnales las hojas rubias, rizadas, palpitaban con una monotonía epiléptica. La piedra de los muros estaba pálida.

Al fin llegamos. Por entre las cortinas, una claridad sin sol, sin ese polvillo de oro que penetra con los primeros reflejos matutinos y que

palpita rayando de oro la penumbra, colábase en nuestra alcoba.

Yo me senté en una butaca, junto al lecho, y dije á Laura: «Acuéstate, amor mío.»

No me hizo caso y vino á sentarse en mis rodillas, palpitando como las hojas, rubia como las hojas. Luego, sin quitarse el sombrero, con los guantes puestos, me ahogó en un abrazo delirante y me dijo mil veces entre besos nunca antes sentidos, entre besos nuevos que mordían, me dijo, con voz convulsiva, con voz de locura, de vértigo: «¡Julio!», mil veces... «¡Julio!»... me dijo...

Pero yo sentía que aquel Julio no era yo.

EL CRIMEN DE BLANCA

—A mí— dijo Laura, llevándose á los labios una copa de champaña en el fondo de la cual Salomón Levy había depositado una esmeralda—, á mí lo que más me gusta es la cerveza.

—La cerveza—exclamó con gravedad el poeta Marcelo—no es una bebida plebeya. Desde la más remota antigüedad...

—¡Que se calle!—interrumpieron á un tiempo mismo cinco ó seis voces femeninas—. ¡Que se calle el académico!...

La rubia Noemí, que ya estaba

borracha y cuya gran cabellera despeinada caía sobre la mesa, llenando de ámbar luminoso las copas y los platos, echóse á reir nerviosamente con una de esas risas instintivas, sin alegría y sin franqueza, risa de histerismo y de alcohol; «¡mamá—murmuraba—, mamá, mamá!» Y las sílabas monótonas de su reclamo, mezcladas con el sonido estridente de su eterna carcajada, producían una sensación de angustia dolorosa y casi macabra.

—Su mal—aseguró Marcelo—es el mal de toda una generación que lleva sobre las espaldas degeneradas el fardo de los pecados ancestrales y que nació con cien años de vicios y de dolores. Las cortesanas modernas, lo mismo que las hetairas que endulzaron la existencia de los sutiles filósofos griegos...

Para obligarle á terminar su discurso, Laura le introdujo violentamente en la boca un bizcocho lleno de coñac y de pimienta.

El poeta tosió, estornudó; y en el instante en que iba á ponerse furioso, dióse cuenta de que su cólera haría reir al barón cuyo monóculo implacable seguía contemplándole irónicamente desde el otro extremo de la mesa.

—Los vates no debemos hablar ante los necios—dijose á sí mismo. Luego tomó un ramillete de rosas, las deshojó y cubrióse la cabeza de pétalos multicolores. «Como los dioses»—pensó. Sus párpados se cerraban pesadamente. «Tengo sueño—murmuró—, tengo sueño como Homero... *Quandoque bonus dormitat...*»

El coronel de la Mote hablaba con Clara de Luna. Su voz ronca y terrible de matamoros acostumbrado á mandar, cubría todas las risas y todos los cuchicheos.

—Aunque te burles de mí—decía—escribiré mis memorias y las titularé *Mil noches y una...* mil noches de amor... una noche de odio... ¿Te parece poco? Hablaré de todas las princesas que fueron mías y de ti también hablaré en la noche más obscura de todas, en la número novecientas noventa y nueve, después de contar la historia de las cien reinas africanas y de Blanca la funámbula...

¿Te acuerdas de aquella aventura?...

Clara bostezaba.

—¿No te acuerdas?

—¡No!

—En aquel entonces—prosiguió el coronel—yo no era más que teniente, teniente de coraceros, y tenía un casco dorado como la cabellera de Noemí, un sable más largo



que la nariz de nuestro amigo Salomón y unas botas más lucientes que tus ojos... ¡En verdad te digo, Clara, que yo era un guapo mozo y que si me hubieras conocido entonces te habrías vuelto loca!...

Como el Ministro de la Guerra tenía miedo de que su mujer me viese, envióme de guarnición á una

ciudad de la frontera, en donde las tabernas cerraban sus puertas á las diez de la noche, dejándonos en el aprieto de escoger entre nuestras ca-



mas y el circo... Porque, eso sí, había un circo, el indispensable circo de los pueblos de soldados; un circo en el cual todas las noches de todo

el año, un apocalíptico caballejo daba vueltas como en una noria, luego que una chica muy flaca había ayudado á hacer «el trapecio volante» á un hombre muy gordo. La chica se llamaba Blanca. Al principio me pareció insignificante, ni fea, ni bonita, ni nada; pero luego, no sé si por obra de la fatalidad ó por causa de la costumbre, llegó á parecerme admirable, con sus grandes ojos tristes, su rostro mate, su boca grandísima, sus piernas nerviosas, sus robustos brazos y sus movimientos de serpiente...

Una noche soñé que me había mordido, y al día siguiente amanecí enamorado de ella... ¿I or qué?... No sé por qué. Pero necesitaba á aquella mujer, la necesitaba físicamente, como te necesito ahora á ti; la deseaba con toda mi carne de

veinticinco años; quería que me mordiese de veras.

Y comencé á sitiaria en toda regla á la antigua usanza, rodeándola de flores, bañándola de miradas, bombardeándola á madrigales, acrósticos y sonetos... En mi época los militares llevábamos aún una peluca, perfumada á la Luis XV, en el fondo del casco, y creíamos en los laureles de la gloria, en las rosas del amor, en las sonrisas de la recompensa. Hoy ya no; hoy ya no hay militares, sino máquinas humanas, muy orgullosas, muy sólidas, muy sabias, pero sin brillo y sin vida... Así, pues, la puse sitio... ¿Me haces el favor de darme una copa, querida Clara?

Clara, que oía el relato de su amigo con un interés benévolo é irónico, le dió dos copas, diciéndole:

—¡Una por ella y otra por mí!

Sonriendo galante, el viejo militar las apuró en un segundo. Luego dijo:

—¡Las dos por ti, Clarísima!



Después de acariciar durante algunos instantes sus hermosos bigotes de nieve, La Mote prosiguió:

—Un mes, un mes entero me costó el triunfo... Pero bien vale un mes una mujer, ¿no te parece?...

¡Y era tan excitante la tal Blanca con su palidez de noctámbula y su nervosidad de enferma!

Lo más curioso en mí, es que, una vez la victoria lograda y los mordiscos conseguidos, en vez de quererla menos la quise con más ardor, con más pasión, con más delirio. Nuestros besos parecían besos diabólicos. Lo único desagradable era que

Blanca tenía un padre tan celoso de su honor como un caballero español y que para vernos estábamos ella y yo en la necesidad de poner en juego mil mañas y artificios. Pero tal vez era aquello mismo lo que atizaba el fuego de nuestros deseos, haciendo más fogosos nuestros idilios,

¡Oh, las mañanas estivales, en la gran ruta florida, bajo los árboles hospitalarios!... Tú nunca has experimentado tan bucólicas impresiones, mi querida Clara, porque eres una parisiense y siempre has tenido un blando lecho para tus caricias. . . ¡Yo soy un salvaje!... Si en vez de conocerte á los cuarenta años te hubiese conocido á los veinte, habríate llevado conmigo por los caminos y ahora podríamos amenizar nuestras veladas con la dulzura nostálgica de los recuerdos juveniles...

Así, pues, yo seguía yendo todas las noches al circo para admirar á mi adorada saltimbanqui que iba poniéndose cada día más guapa—(las caricias embellecen, Clara)—mientras su compañero de trapecio enflaquecía á vista de ojos. Una mañana pregunté á mi querida lo que sucedía á ese pobre diablo. Blanca se echó á llorar. «¡Diantre!—me dije—¡aquí hay algo!» Y, en efecto, era que el funámbulo estaba loco de amor por Clara; que había pedido ya su mano, y que conocía el misterio de nuestras relaciones. «¡Por las barbas de Carlomagno—gritaron á la vez fieramente mi amor y mi amor propio—, ¡por las barbas del gran rey y de mi padre, que me he de vengar, pese á quien pese!...» ¿Por qué?... ¿De qué? No lo sé; pero necesitaba vengarme del tal mono que

tenía la insolencia de abrigar sentimientos análogos á los míos. No pudiendo retarle á combate singular, decidí matarle como á un perro. Mi venganza fué terrible.

Verás... Durante una semana entera no acudí á ninguna de las citas que Blanca me daba en billetes llenos de lágrimas y de quejidos; y cuando comprendí que su amor exasperado había llegado al punto de cristalización necesaria á mis planes de venganza, fuí yo mismo á buscarla, y le dije lo que deseaba... Casi nada... una friolera... que ella hiciese un movimiento falso en el trapecio para que su compañero se rompiese el cráneo... «Si no lo haces, le dije, nunca volverás á verme.»



Clara se había aproximado al co-

ronel y escuchaba con inquietud el fin de la historia:

—¿Y luego?

La Mote llenó de nuevo sus dos copas; apurólas y continuó:

—Luego... eso es... Pues Blanca no contestó á mi exigencia trágica sino con un beso, un beso loco y febril, beso y mordisco á la vez, beso de vorágine, lleno de lágrimas y de promesas... Pero resultaban tan vagas las tales promesas, que yo entendía que sería necesario insistir de nuevo varias veces seguidas para imponer mi voluntad. Aquel día no le hablé más del asunto. Por la noche fuí al circo cual siempre, tomé mi sitio de costumbre, y encendí, como siempre, mi cigarro, sin volverla vista hacia las barras y los trapecios que, á doce metros del suelo, llamaban la atención del público. La

orquesta de humildes violines y de modestas trompetas, preludiaba ya los acordes apagados de la parte sensacional del espectáculo: el «aire del caballero volante».

Inconscientemente mis labios sonrieron recordando mi exigencia de por la mañana. La orquesta seguía arrastrando sus notas perezosas, lánguidas, veladas; notas que parecían querer ocultarse para no distraer la atención del público; notas de melopea y de lejano salmo. De pronto un grito llenó el espacio: un grito compuesto de mil gritos, un grito de horror, de queja, de miedo, de cobardía y de rabia; el grito más espantoso que jamás ha sonado en mis oídos; un «¡ay!» que era al mismo tiempo un «¡oh!» ¡y que rugía, y que gemía, y que crujía .. y que helaba la sangre!... En el suelo, en medio

de la pista, el pobre compañero de Blanca yacía ensangrentado é inánime, mientras ella, desde lo alto de su pedestal ondulante, sonreíame con su sonrisa de Esfinge...

Clara se enjugó la frente con una servilleta. Luego, volviéndose hacia el judío Levy, que llenaba de cifras cabalísticas el mantel:

— Dame una botella, le dijo.

Bebió una copa, y, en seguida, para que el coronel no percibiese su emoción ni el brillo de las lágrimas que temblaban en sus párpados marchitos, echóse á reir nerviosamente confundiendo su carcajada con e ritornelo histérico de la rubia Noemí, que continuaba gimiendo en e otro extremo de la mesa, «mamá.. mamá... mamá...!»



ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Las mujeres de Zola.....	9
Después del divorcio.....	53
La guillotina.....	65
El crimen de Blanca.....	79

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA



3 0112 040452317